

ció sobre aquel pan y aquel vino las palabras de la consagración y consumó el incruento Sacrificio. Á la verdad, como dice Gattico, (1) este santo no tuvo inconveniente alguno de celebrar del modo referido, porque ninguno de los que estaban presentes en la cárcel era iniciado en algún orden sagrado; y esto alude á la costumbre que había en aquellos tiempos de celebrar sobre las manos de los diáconos, según lo prueban varios ejemplos; por cuyo motivo prefirió consagrar sobre su bendito pecho antes que sobre las manos de legos. El mismo S. Luciano, con objeto de que nadie se extrañara de aquel improvisado altar, dijo á los circunstantes: «La mesa, sobre la que celebraremos hoy el Sacrificio será mi pecho, el cual no será menos honesto por ser criatura animada; vosotros seréis mi templo y Dios Nuestro Señor se complacerá de nuestro sacrificio» (2).

Lo que fueron las estaciones que practicaban los cristianos en las cárceles y otros pormenores, será cuestión de estudiarlo en el siguiente capítulo.

(1) De usu altar., portatil. cap. 3, §. 6.

(2) Bolland., Mart. del Santo.

CAPÍTULO XVI

SUMARIO

206. Estaciones.—**207.** En qué consistían y cuándo tenían lugar.

—**208.** En ellas se celebraba el Sacrificio y comulgaban los fieles.—**209.** Éstos recibían la Eucaristía, aun en tiempo en que no se celebraban las estaciones, de mano de los sacerdotes que estaban encarcelados con ellos.—**210.** Cuando no había sacerdotes aprisionados, iban á visitarles los ministros de la Iglesia; celebraban la misa en la cárcel y les daban la Comunión.—**211.** No siendo esto posible, Dios Nuestro Señor la enviaba en determinadas ocasiones por modo extraordinario.

206. Al hablar de las disposiciones necesarias para celebrar el Sacrificio y comulgar la Eucaristía, que en los primitivos tiempos de la Iglesia guardaban los fieles, tuvimos ocasión de hacer mención de las vigiliás; vimos que éstas empezaban al anoche y terminaban al alborear, durante cuyo tiempo los fieles cantaban los divinos salmos y practicaban lo concerniente á la celebración solemne de la Misa. Pues bien; los antiguos dividían tanto la noche como el día en cuatro partes iguales, y de ahí que á las de la noche llamasen vigiliás y á las del día estaciones. La primera vigilia de la noche empezaba á las seis de la tarde y terminaba á las nueve de la noche; á esta hora empezaba la segunda vigilia y terminaba á media noche; desde esta hora hasta las tres de la mañana duraba la tercera, mientras que la cuarta ó última finalizaba á las seis. Por esta explicación se comprenderán algunos textos de la sagrada Escritura que ha-

blan de las vigiliass. Pero dejando esta división perteneciente á la noche y colocando nuestra atención en las del día, notamos que el tiempo transcurrido desde las seis de la mañana hasta la misma hora de la tarde era lo que se llamaba estación, cuyo tiempo, dividido en cuatro partes iguales como el de la noche, da por resultado las cuatro Estaciones de que constaba.

207. Algunos juzgan que la palabra *estación* trae origen de la milicia romana, la cual tenía sus guardias puestas en vela por el espacio de tres horas consecutivas solamente, al cabo de las cuales eran relevados por nuevos soldados. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es, que á nuestro propósito, los primitivos cristianos practicaban las Estaciones. Consistían éstas en congregarse los fieles en la iglesia ó tumba de un mártir, cuya fiesta celebraban, y pasar todo el tiempo de la Estación en cánticos, oración, ayuno, aunque no siempre, y el Sacrificio. Celebraban las Estaciones juntamente con las vigiliass; pero también las solemnizaban sin ellas. Generalmente, las Estaciones tenían lugar en las fiestas de los mártires y de los confesores, y había también días señalados para su cumplimiento, como el miércoles y viernes, á las que se agregó el sábado y el domingo. Á excepción de éste, en los demás días podía haber ayuno, el cual no se quebrantaba hasta terminada la Estación, ú hora de nona; mas en tiempo de cuaresma duraba hasta las vísperas ó entre cuatro y cinco de la tarde.

208. Teniendo en cuenta estos pormenores para la comprensión del notable hecho que pronto referiré, hemos de saber, que las Estaciones se terminaban mediante el Sacrificio, que era como su corona y complemento. Así lo sienten todos los autores, y lo expresa claramente Tertuliano, cuando, reprendiendo á los que en días de estación no se acercaban á recibir la Eucaristía por temor de que Ésta quebrantase el ayuno de la Estación, dice: «Muchos, en los días de Estación, no piensan convenir á las oraciones de los Sacrificios porque, según dicen, la Estación se disuelve habiendo recibido el Cuerpo del Señor. ¿Acaso la

Eucaristía desvirtúa el devoto obsequio de la Estación hecho á Dios, ó al contrario, le hace más agradable? ¿Por ventura, no será más solemne tu Estación, si le presentares al ara de Dios? Una vez que se haya recibido el Cuerpo del Señor, teniendo cuenta de reservarle, se pueden salvar ambas cosas, á saber: la participación del Sacrificio y el cumplimiento de la Estación (1)». Con esto daba á entender el doctor mencionado que, no recibiendo la Eucaristía en el mismo instante que se distribuía, sino que, reteniéndola un poco de tiempo devotamente en la mano y llevándola á la boca antes de irse á casa ó terminarse la Estación, se cumplía con el doble objeto de la misma.

Entrando, por lo tanto, en el objeto que nos ocupa, debemos consignar que las Estaciones se practicaban, no sólo en las catacumbas y otros lugares, sino también en las cárceles. Nuestros padres en la fe, arraigados fuertemente en las prácticas de piedad, no podían dejar de llevar á la ejecución, aun dentro de aquellas horrorosas cavernas, una costumbre tan santa como la indicada, mayormente, siendo instituída para aplacar la justicia de Dios y hacerle propicio, á fin de que ahuyentara pronto de ellos las continuas y encarnizadas persecuciones. Tenemos un sublime ejemplo, ocurrido en nuestra patria, de que las Estaciones se celebraban en las cárceles.

El año 259, día 16 de Enero, prendieron los soldados del emperador á S. Fructuoso, obispo de Tarragona, y á sus diáconos Augurio y Eulogio, los cuales fueron reducidos á ignominiosa prisión. Permaneciendo en ella nuestros santos con mucha paz y tranquilidad de ánimo, ejercían allí mismo las funciones que pudieran desempeñar en su episcopal iglesia. Celebraron la Estación de la feria cuarta en la que, como era consiguiente, recibieron la santa Eucaristía, y empezaron

(1) Similiter et stationum diebus non putant plerique sacrificiorum orationibus interveniendum quod statio solvenda sit accepto Corpore Domini. Ergo devotum Deo obsequium Eucharistia resolvit ¿aut magis Deo obligat? Nonne solemnior erit statio tua, si ad aram Dei steteris? Accepto Corpore Domini et reservato utrumque salvum est: et participatio sacrificii et executio officii. De oration., cap. 19.

la de la feria sexta, que no pudieron concluirla, ni recibir la Eucaristía, porque los soldados fueron á sacarles de la dura cárcel para enviarlos al cielo. S. Fructuoso caminaba al suplicio, día de viernes, como nuestro adorable Redentor, y á los cristianos que le presentaron una bebida confortativa, les reprendió con dulzura, diciéndoles: «Es día de ayuno, y no han dado todavía las tres de la tarde para poder quebrantarlo» por lo que se desprende que habían guardado la Estación. El mismo S. Fructuoso se descalzó para penetrar en la hoguera que tenía dispuesta; yendo á entrar, un cristiano, llamado Félix, le rogó que se acordase de él. «Tendré presente, contestó, á toda la católica Iglesia diseminada desde Oriente á Poniente. Mirad; no es pena el fuego que véis, ni quita la vida, sino que la asegura. ¡Dichosas las almas que mediante este fuego vuelan al cielo, pues no las tocará el fuego eterno». Así morían estos santos, confortados con el Viático de la eterna vida.

209. Los hijos de Luzbel, que estaban siempre de acecho en todas partes, con el fin de saber en qué lugar habría un cristiano para delatarle á los magistrados del imperio, buscaban con mayor afán á los presidentes de los fieles, esto es: á los sacerdotes de Jesucristo. El golpe de su venganza lo descargaban sobre los dispensadores de los Misterios del Señor, con mayor furor que sobre los simples fieles; y á la verdad; mirando con infernales ojos á la Iglesia, sabían perfectamente lo que se hacían, porque juzgaban que cortada la cabeza del ser moral eclesiástico, el cuerpo dejaría de tener vida; por esta razón, todos sus péfidos deseos consistían en sacrificar primero al Pontífice Sumo, y ya que no á este, al menos á los obispos y demás ministros eclesiásticos, porque la presencia de éstos animaba á los demás fieles para perseverar en los mandamientos del Altísimo. Deseaban asimismo, que los cristianos presos estuviesen ajenos de toda comunicación con lo que podía prestarles valor y energía para arrostrar los tormentos y la muerte; pero los juicios de los hombres han sido siempre vanos en esta parte, y la Iglesia ha conseguido en todas ocasiones su elevado

objeto, porque el Eterno que la gobierna ha velado en todos momentos por su existencia y honor.

Si todo esto se ha obrado así, no es extraño que á nuestros primitivos hermanos, encarcelados por Jesucristo, no les faltase la Eucaristía, ó al menos el gozo de haberla deseado; y si no podía faltarles, cierto es que, ó la debían de poseer en la angustiosa prisión que padecían, ó algún ministro eclesiástico la debía proporcionar. En efecto; hubo encarcelados que tuvieron la inefable dicha de recibir la Eucaristía de manos de algún obispo ó sacerdote, compañeros suyos en la misma prisión. Cuando esto no tenía lugar, los sacerdotes, los ministros, ó los simples fieles les llevaban el sagrado Viático; y si aún esto no era posible el Altísimo, que satisface en todo tiempo las santas y fervientes ansias de los que le buscan, les proporcionaba la Eucaristía por medios extraordinarios. En confirmación de los referidos modos vamos á referir varias autoridades y algunos portentosos hechos.

210. Escribiendo S. Cipriano (1) á los presbíteros y diáconos, les exhorta amorosamente á que proporcionen con toda caridad y diligencia los alimentos y ajuares necesarios á los cristianos encarcelados, con objeto de hacerles llevaderas las cadenas que les oprimían. Después, pasa á indicarles lo relativo al modo con que deben portarse en las visitas á los futuros mártires. Sabido es que los ministros de la Iglesia se valían de estas visitas para celebrar el Sacrificio delante de los confesores, ó para introducirles la Eucaristía; por eso el citado Doctor les amonesta diciendo: «Os (2) pido también, hermanos míos, que para procu-

(1) Epist. IV.

(2) Peto quoque ut ad procurandam quietem solertia et sollicitudo vestra non desit. Nam etsi fratres pro dilectione sua cupidi sunt ad conveniendum et visitandum confessores bonos quos illustravit jam gloriosis initiis divina dignatio, tamen caute hoc, et non glomeratim, nec per multitudinem simul junctam puto esse faciendum, ne ex hoc ipso invidia concitetur, et introeundi aditus denegetur, et ut insatiabiles totum volumus, totum perdamus. Consulite ergo et providete ut cum temperamento hoc agi totius possit, ita ut presbiteri quoque qui illic apud confessores offerunt, singuli cum singulis diaconis per vices alternent, quia et mutatio personarum et vicissitudo convenientium minuit invidiam. Circa omnia enim mites et humiles ut servis Dei congruit... epist. IV.

rar la tranquilidad y descanso de los encarcelados no falte de vuestra parte solicitud y cautela, porque aunque los hermanos, llevados de amor hacia ellos, desean visitarles vivamente, no obstante, se debe proceder con discreción; á cuyo fin juzgo que no deben entrar en las cárceles agrupados, ni mucho menos de una vez, no sea cosa que se despierte la envidia en los enemigos y se les niegue la entrada, y mientras con insaciable sed todo lo queremos, lo perdamos todo. Proveed, por lo tanto, de tal modo estas cosas que se hagan con templanza y moderación, á fin de que salgan más seguras, de suerte que *cada uno de los presbíteros que ofrecen el Sacrificio en las cárceles de los confesores, alternen con cada uno de los diáconos*, porque la sucesión de unos y de otros y la variedad de los mismos disminuye la envidia. En todo, portaos mansos y humildes como conviene á los siervos del Señor ó Dios...» Las repetidas instancias de S. Cipriano causaron profunda mella en muchos indiscretos cristianos, de modo que en adelante procuraban poner en ejecución los laudables avisos del doctor africano. He ahí por que Juan Fronto (1), canciller de París, fué obligado á pronunciar estas bellas palabras referentes á su conducta: «Si alguno de los cristianos, por la fe de Jesucristo, es aprisionado, los demás hermanos vuelan hacia Él para prestarle su protección. No hay ningún guardia por tenaz que sea de quien no se granjeen su estimación. No existe ninguna puerta ni pared tan firme y segura que no penetren. Aquí entran sucesivamente unos detras de otros y veneran los grillos y las cadenas de ellos, besan sus llagas y cardenales, curan sus rotos miembros, ó al menos los alivian, y refrigeran sus cuerpos; y entre todas aquellas cosas sólo resuena el nombre de Jesucristo; allí cantan los salmos y rezan las oraciones á las horas acostumbradas. Todos estos oficios de piedad presiden aquéllos que gozan del orden sacerdotal; mas presiden, no para mandar, sino para ser los primeros en poner por obra tales oficios; ellos mismos, aun

(1) Ep. de Moribus et vita primor. christian.

en medio de tanta miseria é inmundicia como necesariamente existe en las cárceles, en medio de tan estrecho y mezquino lugar, celebran el sacrosanto Sacrificio de la Misa. Pero este lugar donde padece el cristiano por Cristo es Santo; lugar agradable á Dios, privilegiado, pues en él se halla una víctima tan digna del cielo. Con mucha razón se inmola por el cristiano, Jesucristo, en estos lugares, ya que en los mismos el cristiano se inmola con placer por Jesucristo». Otros escritores como Luciano (1), del segundo siglo, confirman lo asegurado por Fronto y por la tradición, como puede verse en la epístola abajo citada.

Los hechos son los que aclaran todas las razones; ellos apartan las tinieblas que puedan esparcirse en el entendimiento y le dejan convencido de lo que altamente consignan. El que vamos á referir prueba una vez más el punto que estamos considerando, sirviendo al propio tiempo para predicar elocuentemente uno de los grandiosos efectos de la Eucaristía, á saber: la fortaleza que engendra en los que la reciben con las disposiciones debidas. Los mártires Santiago, Paragro (2) y compañeros, apenas bautizados, recibieron el Pan de los fuertes en las críticas circunstancias que estamos describiendo. Llevados á presencia del emperador, é instándoles éste á que renegaran de Cristo Señor Nuestro, tuvieron la santa intrepidez de responderle de este modo: «Juramos á Dios Padre y á Nuestro Señor Jesucristo, que nosotros, siguiendo las huellas de nuestros padres Hiparco y Filoteo, jamás nos dejaremos llevar de tus arterías; mayormente llevando en nuestros pechos al Cuerpo y la Sangre de Jesucristo; además, el mismo Autor de nuestra Redención nos avisó de que no arrojásemos las margaritas á los puercos» aluden á las sagradas Escrituras que pedía el tirano, «y seguramente, nuestros cuerpos han sido consagrados con el contacto de su Santísimo Cuerpo, de suerte que no podemos profanarlos, renegando del Señor».

211. Este finísimo Amigo, que retribuye aún en esta vi-

(1) Epist. de Morte Peregrini.

(2) In actis Hipachi et Philotei etc. Part. II. Act. SS. MM.

da ciento de sus carismas por un grado de amor que nosotros le profesemos, no podía estar sordo á las reiteradas instancias que le hacían sus siervos encarcelados por percibir su augustísimo Cuerpo y preciosa Sangre. En efecto, no siempre la Divina Providencia permitía en sus altos fines que hubiese sacerdotes ó simples fieles que condujesen su magnífico Misterio á los cristianos aprisionados; pero en verdad, éstos no podían subir al altar del Sacrificio para inmolarse por la fe, sin confortarse antes con Él; veían que se acercaba el día del martirio, mas se hallaban desposeídos de lenitivo tan suave; deseaban morir por el Redentor, pero temían desfallecer en los tormentos por la ausencia de la Eucaristía.

En tan apurado trance acudían al que sólo puede hacer milagros, solicitaban de su diestra el Manjar eucarístico, y el Señor, movido de ternura, dejaba que su virtud obrase extraordinariamente.

Refiere Bolando, que el día 15 de Febrero, después que S. Justino Mr. hubo bautizado á Secundo, para cuyo efecto había Dios sacado de la cárcel milagrosamente á aquel santo y á S. Jovita, que también murió por la fe, quiso el Señor que el neófito participara de su Santísimo Cuerpo, á cuyo fin le envió una paloma llevando el santo Pan en el pico; los tres santos confesores vieron este admirable prodigio que se continuó por las palabras que oyeron en el último momento. «He aquí, dijo, el Pan vivo que bajó del cielo para dar vida á este mundo». La paloma dejó caer la sagrada Eucaristía en las manos de Justino y de Jovita, quienes entregaron parte de Ella á Secundo, enviando á éste con la otra porción á la cárcel de la ciudad Dertonense en la que estaban aprisionados S. Calocero y S. Marciano; pero habiendo llegado á esta ciudad é ignorando el lugar de la cárcel y el modo de entrar en ella, el ángel del Señor le cogió del brazo y le introdujo en la misma. Los dos futuros mártires se llenaron de indecible alegría al ver al noble portador eucarístico. Tomó primero Marciano la santa Hostia y dijo al comulgarse: «el Cuerpo de Nuestro

Señor Jesucristo sea conmigo para la vida eterna»; dicho esto besó á Secundo y se despidieron. He aquí las maravillas que obra Dios en favor de los que le desean recibir sacramentalmente y de los que padecen por su amor.

Por el mismo hecho de que el Eterno daba milagrosamente la Eucaristía á los mártires, consignaba que el fin de éstos estaba muy próximo. Ejemplo tenemos de lo mismo en S. Hermes, diácono de Heraclea, y en Santa Perpetua de Cartago (1). Siguiendo aquel santo diácono á S. Felipe, obispo de la misma ciudad, cuando se encaminaban á la hoguera, que debía de servir de triunfo para sus almas, le dirigía agradablemente estas palabras: «Amado Maestro mío, apresurémonos por llegar al Señor, que una vez que hayamos entrado en el cielo no necesitaremos de nuestros pies». Esto lo decía porque apenas podían andar á causa de tener hinchados los pies por los tormentos; mas volviéndose luego hacia los que le seguían, les refirió lo siguiente: «Hermanos míos, ya me ha dado el Señor á entender por una revelación particular que mi vida había de terminar de este modo. Estando dormido, hace algunos días, me parecía ver volar á mi alrededor una blanca y resplandeciente paloma; vínose después á reposar sobre mi cabeza y trasladándose á mi pecho me dejó ver lo que llevaba en su pico; era una comida de un gusto muy exquisito, la que puso en mi boca; desde entonces conocí que Dios me llamaba á obtener la palma del martirio». Concluída que fué esta relación, se llegó al lugar del suplicio, donde tuvo éste su efecto. Esta comida fué sin duda la sacratísima Eucaristía, como afirma Sandelio (2) y parece ser así por los efectos que causó en San Hermes.

Un caso semejante presentan las actas de la mencionada Santa Perpetua (3). Cierta día que estaba encarcelada, un hermano de esta sierva de Dios la dijo, que puesto que podía tanto con el Señor, le pidiera que le diese á enten-

(1) Ruinart, Actas de S. Felipe, obispo de Heraclea.
 (2) Loc. cit.
 (3) Ruinart.

der por medio de alguna visión si en realidad sufriría el martirio. Está bien, respondió ella. «Mañana sabrás lo que deseas». Suplicó, pues, al Altísimo le proporcionase una visión, y nuestro Señor se la dió ó envió muy cumplida, según aparece por el contexto de las mismas palabras de la santa. «Vi una escalera, dice, de prodigiosa altura, cuyos extremos tocaban en la tierra y cielo, pero tan estrecha que sólo una persona podía pasar por ella; sus dos lados estaban erizados de espadas, lanzas, garfios y cuchillos, de manera que cualquiera que hubiese subido por ella con descuido, debía necesariamente ser destrozado por aquellos instrumentos. Al pie de la escalera había un descomunal dragón que parecía estar pronto á lanzarse sobre los que iban á subir. El primero que lo ejecutó fué Saturo, quien no estaba con nosotros cuando nos encarcelaron, sino que se entregó después voluntariamente á los tiranos por causa nuestra; al llegar á lo alto de la escalera, dirigióse hacia mí y me dijo: «Perpetua, os aguardo, pero cuidado de que el dragón os muerda». Respondíle yo: «En nombre de Nuestro Señor Jesucristo no me hará daño alguno». Entonces, como si le hubiese inspirado miedo, levantó la cabeza y hallándome dispuesta á subir me sirvió de primer escalón. Llegada al lugar de Saturo vi á un fornido hombre, de blancos cabellos y en traje de pastor; se hallaba ordeñando sus ovejas y estaban á su alrededor innumerable multitud de personas, vestidas también de blanco; llamóme por mi nombre, y añadió: «Hija mía, sed bien venida», dándome al propio tiempo una especie de cuajo hecho con la leche que sacaba; lo recibí juntando las manos, lo comí, y todos cuantos se hallaban presentes respondieron. Amén. Á estas voces me desperté, encontrando en mi boca cierta cosa muy dulce, de lo que pudimos deducir que pronto padeceríamos la muerte».

Aunque parezca algo oscura la interpretación que deba darse á la comida referida, no obstante significa la comida eucarística, pues tanto en este caso, como en el anterior, Cristo Señor nuestro envió el Pan de los fuertes á sus siervos bajo símbolos diferentes de los que ordinariamente se

da á los fieles; á más de que el pastor, ordeñando las ovejas, simboliza á Jesucristo extrayéndose su divina Sangre para darla en alimento á los fieles, según se admira en algunos frescos de las catacumbas. Éste es el sentir de varios autores acerca de estos dos casos, lo cual no carece de fundamento; porque los santos mencionados habían deseado recibir el Santísimo Sacramento, y el Señor, por medio de las referidas visiones que tuvieron efectos reales, como percibir el gusto de aquel dulce Manjar y el advenimiento del martirio, les concedió lo que con tanto afán deseaban.